

Pluralismo religioso

El reciente fallecimiento de mi buen amigo Bartolomé Jover (q.e.p.d.) dio lugar a la publicación de varias y justas necrológicas en las que se resaltaba su sólida formación profesional y humana y su afición al teatro iniciada en la Academia Mariana de San Estanislao, de feliz recuerdo por quienes la conocieron.

La evocación de la Academia hizo rebrotar recuerdos en mí y algunos preguntaron ¿por qué no se la restauró en 1939, después del bache de la guerra? Ignoro las causas inmediatas y precisas pero el motivo sociológico de fondo fue que en aquel momento lo que privaba entre los católicos y había adquirido un gran auge internacional era la Acción Católica, surgida antes del conflicto y que aquí, en Maó, contaba con un modesto local en la calle Comercio, del que era

consiliario el Sr. Bals.

Muchos nos volcamos en dicha organización con la convicción absoluta, propia de la juventud, de que era la única obra evangelizadora oficial de la Iglesia.

Años después, un grupo de antiguos academistas, entre los que se encontraba Jover, intentaron refundar la Academia y quisieron que les acompañase a visitar el Obispo como Presidente de Acción Católica, pero nada se consiguió.

Ahora nos sentimos orgullosos de aquella generosa labor que también respondía a nuestra edad, pero el tiempo no pasa en vano si uno acumula experiencia y usa la mente. Hoy estoy convencido de que nadie tiene el monopolio del apostolado ni el derecho de erigirse en juez de los demás y menos de sus intenciones. Por esto, como muchos otros, asis-

to a la Asamblea Arciprestal, ayudo modestamente a Cáritas y a la Parroquia y voy a las procesiones. No me cabe en la cabeza que lo uno sea incompatible con lo otro. Ya se que los Evangelios no hablan de procesiones, como tampoco hablan de la tele y debería utilizarse más para la predicación y el ejemplo. Estamos en la época de la imagen y de las manifestaciones promovidas por toda clase de organizaciones sociales, ¿por qué no puede usar estos medios la Iglesia?

Admiro singularmente a los que con auténtico espíritu evangélico se entregan a la Catequesis, al voluntariado, los campamentos, la liturgia, la juventud, las vocaciones, la plegaria, la ayuda al Tercer Mundo o a la profundización teológica, pero no todas las personas están preparadas o se

sienten llamadas para estas tareas y, sin embargo, se sienten cristianos.

La fe es algo personal, íntimo, que en unos está presente a todas horas, los místicos, y en otros sólo en determinadas circunstancias de la vida. A todos debe acoger la Iglesia con los brazos abiertos y sin recriminaciones. La suma de las diversas actitudes, encarnadas en una determinada cultura ha dado lugar a la religiosidad popular que ha ido variando y ha sufrido oscilaciones al compás de los tiempos.

El Concilio fue un aldabonazo que despertó mi conciencia y aún conservo toda la ilusión de llegar a sus últimas consecuencias, sin embargo vivimos un momento en el que abundan razones y faltan sentimientos. Victoria Camps, cate-drática de Ética y Sociología de la Universidad Autónoma

de Barcelona, escribe en el número 500 de «El Ciervo» dedicado a «Vacío de valores»: «Pues no será la fría razón en busca de la verdad la que nos ayude a superar la jerarquía de valores existente por otra éticamente más presentable. Como sea, hay que llegar a las emociones y al sentimiento, hacer que lo valioso empiece por ser apreciado y estimado. De lo contrario, seguiremos con un discurso vacío y desacreditado pues no hay creencia perdurable sin pasión».

Ante las luchas de clase, raza, nacionalidad o pueblo debemos fomentar el amor al otro y la solidaridad con todos, versión pluralista de la caridad cristiana, sin perder las referencias culturales para no extraviarnos en la aldea global en que vivimos.

**MATEO SEGUÍ
MERCADAL**